

diendo así un nuevo elemento á los que en gran número constituían ya la población. Como eran ignorantes en todo, los colonos de origen inglés, holandés y francés no tuvieron para ellos sino desdenes sin cuento.

Un rasgo de los más característicos de la colonización americana, consistió en la desconfianza y el desprecio que tuvo cada agrupación emigrante hacia la agrupación nueva que llegó una generación más tarde, y que ordinariamente era de una nacionalidad distinta.

Los presbiterianos llegados de Escocia y de Irlanda comenzaban á abrirse paso muy penosamente. Por fin se les permitió construir una iglesia y establecerse de un modo estable.

Hubo por aquel entonces una insurrección de esclavos negros, de la que pronto hablaré detalladamente.

La ciudad se agrandaba lentamente.

Los nombres ingleses, holandeses y hugonotes se sucedían alternativamente, lo que muestra que ninguna de las razas intentaba discutir á las otras su parte de poder político.

La masa del pueblo se mostraba poco satisfecha y murmuraba contra los impuestos. El gasto del gobierno local se elevaba á cerca de trescientas mil libras, y era cubierto por la renta anual. La asamblea emitía papel-moneda y votaba leyes sobre los pobres y autorizaba el arresto de los mendigos en las calles.

CAPITULO VIII

FIN DEL PERÍODO COLONIAL (1720 á 1764)

Rasgos característicos de la población. —El inglés, lengua oficial. —*King's College*. —Límites sociales, costumbres sociales. —*Sports* —Escudos de armas. —Fiestas holandesas. —Educación. —Constitución de la sociedad en New-York. —Trabajo —Esclavitud de los negros. —Insurrección de los negros. —Incendios voluntarios. —La *Gaceta de New-York*, el *Weekly Journal*. —Libertad de la prensa. —Familias que tomaron la dirección de un partido.

En 1710, la ciudad de New-York tenía próxima-mente 6.000 habitantes; en 1750 este número excedía de 12.000, y contaba 20.000 cuando estalló la revolución.

Era una ciudad algo más pequeña que Boston ó Filadelfia, con una sociedad mucho menos democrática y con divisiones de castas mucho más determinadas.

Los extranjeros se quejaban entonces, como se quejan hoy, de lo difícil que resultaba definir á un neoyorkino, pues la población de New-York estaba formada de razas diversas, que diferían profundamente por la sangre, la religión y las condiciones de existencia.

En efecto, esta diversidad ha sido siempre el rasgo característico de New-York. Jamás agrupaciones de elementos tan diversos sufrieron tan penosa fusión.

Quizá no ha habido en el desarrollo de la villa ningún período en que la población estuviese formada en su mayoría por gentes cuyos padres hubiesen nacido en New-York. La raza inglesa no figura en ninguna época como núcleo de la población.

Todo esto produjo un contraste patente con lo que ha pasado en otras poblaciones americanas, ya citadas, como, por ejemplo, Boston.

En la época colonial, Boston era una ciudad puritana inglesa, cuyos habitantes se asemejaban mucho entre sí en todos los puntos esenciales. Pero New-York no fué nunca una ciudad realmente inglesa, y sus ciudadanos diferían radicalmente unos de otros por sus costumbres, sus modales, grado de bienestar material, no menos que por la lengua, la sangre y la creencia. De tiempo en tiempo han aparecido nuevos elementos étnicos, pero el cambio se ha hecho de una combinación de razas con otras y no de las razas entre sí.

Hay, ciertamente, entre la New-York de la época colonial y la New-York de los Estados Unidos, contrastes que chocan por su vivacidad y no se fundan sólo en las dimensiones, en el simple desarrollo.

Las tres divisiones religiosas dominantes que existen en los Estados Unidos, no tenían en la época colonial más que fieles difundidos en pequeño número. En New-York, en vísperas de la revolución, los metodistas y baptistas no tenían sino una casita para punto de reunión. El puñado de católicos no tenía ningún lugar de reunión fijo, mientras que hoy los metodistas y baptistas forman las dos clases religiosas que dominan en los distritos rurales, y el catolicismo ocupa el primer lugar en las poblaciones.

En la New-York del siglo XVIII, los cuáqueros y los udios tenían puntos de reunión.

Los alemanes tenían una iglesia luterana y otra calvinista. Estos emigrantes alemanes del período que precedió á la revolución apenas produjeron hombres notables. Sus congregaciones continuaron siendo poco numerosas y no progresaron, y el núcleo joven de las mismas pasaba á otras iglesias á medida que aprendían el inglés.

Las congregaciones presbiterianas, por el contrario, aumentaban gradualmente, á despecho de las mezquinas é irritantes persuasiones de los episcopales. Reclutaron gran número de secuaces entre los emigrantes escoceses, escoto-irlandeses, que desde el primero hasta el último eran ardientes entusiastas de los derechos populares, y adoptaban una actitud de fingida bravura respecto á la Gran Bretaña.

Los irlandeses formaban ya en esta época un elemento dominante en la vida neoyorkina, pero eran presbiterianos y no católicos. Celebraban con entusiasmo la fiesta de San Patricio, y sus ditirambos en pro de Irlanda y América, así como su hostilidad, mal disimulada, contra Inglaterra, no serían nada impropios hoy en circunstancias análogas, aunque algunos de sus otros ditirambos, como los que dirigían á la memoria del rey Guillermo y á la sucesión protestante, no dirían nada en favor de un milesiano de nuestros días.

Los hugonotes fueron asimilados más fácilmente que ningún otro elemento de la población, y dieron, en definitiva, origen á la más alta clase de ciudadanos.

Hacia la mitad del siglo, los holandeses aspiran á hablar el inglés. Era ésta la lengua oficial de la colonia, y los jóvenes de iniciativa que querían hacer carrera en el mundo, se vieron obligados á aprenderla para lograr lo que deseaban. Los conservadores, esto

es, los que se obstinaban en su fidelidad á las antiguas costumbres y á las tradiciones, se empeñaban enérgicamente en conservar la lengua holandesa. De aquí resulta que los jóvenes enérgicos comenzaron á abandonar las iglesias holandesas y á unirse á las congregaciones episcopal y presbiteriana, que fueron aumentando en número, é hicieron exactamente lo mismo que vemos hacer en nuestros días á los luteranos escandinavos y alemanes en ciertas regiones del Noroeste.

La pérdida fué tan grave, que en 1764 se decidió, como único medio de poner fin á aquel estado de cosas, que los oficios religiosos se hiciesen á la vez en inglés y holandés.

Cuarenta años después, el holandés fué por completo abandonado.

Estas medidas detuvieron la decadencia de la iglesia holandesa é impidieron que tuviese la suerte fatal que hizo desaparecer por completo las congregaciones suecas luteranas de las orillas del Delaware, pero esas medidas no fueron tomadas bastante á tiempo para impedir que la Iglesia descendiese en el rango que había ocupado, si se tiene en cuenta el número, inteligencia y moralidad de sus miembros, pues durante todo el período colonial, los holandeses formaron mayoría entre los numerosos elementos de la población de New-York.

Sin perjuicio de asimilarse á los ingleses, las familias ricas holandesas y hugonotes se unieron unas á otras por matrimonios, y en muchos casos se afiliaron á la Iglesia episcopal, si bien un gran número de ellas, sobre todo aquellas que estaban asociadas con el partido popular, permanecían adictas á una ú otra de las confesiones calvinistas.

La Iglesia episcopal—ó más bien lo que entonces se llamaba Iglesia de Inglaterra—era la confesión religiosa de la aristocracia, á la cual pertenecían los funcionarios de la corona, centro alrededor del cual se reunía el partido de la corte. Contaba entre sus miembros la mayoría de personas influyentes, ricos propietarios y los grandes negociantes, que dirigían los negocios de la colonia y eran los *leaders* sociales y políticos. Pretendía ser, en cierto modo, la Iglesia del Estado, y disfrutaba de muchos privilegios é inmunidades.

Consiguió este fin valiéndose de medios mezquinos para oprimir á las corporaciones disidentes, particularmente á los presbiterianos, que jamás fueron protegidos por tratado alguno, como los hugonotes y holandeses.

Cuando fué fundado por la colonia el *King's College* (1), hoy Universidad de Colombia, se le sometió á la fiscalización de la Iglesia de Inglaterra, y se hizo de él en cierto modo un foco de sentimientos reaccionarios.

Las diversas corporaciones protestantes estaban poseídas de un gran celo recíproco, y no se ponían de acuerdo sino para odiar á los católicos, á los que prohibían la entrada en la colonia; y si bien toleraban la presencia de los judíos, durante algún tiempo les privaron del derecho de voto.

Las líneas sociales estaban muy bien marcadas. La ornamentación, intensamente aristocrática de la ciudad, contrastaba notablemente con el tipo democrático igualitario de una nueva ciudad americana de importancia correspondiente á nuestra época.

Los ricos propietarios ocupaban el primer lugar,

(1) *Colegio del Rey.*

tanto por su situación é influencia, como por la desconfianza universal que se les mostraba. Hacían vida agradable en sus cómodas habitaciones, situadas en los grandes dominios arrendados.

La mayor parte de ellos tenían, además, hermosas viviendas, ya en New-York, ya en Albany, ya en estas dos ciudades. Sus casas eran verdaderamente confortables. Estaban construidas en un estilo, á la vez sencillo é imponente, que difería, con superioridad bien marcada, de la fea y pretenciosa arquitectura de la mayoría de los edificios de New-York, que datan del principio ó mitad del siglo XIX. Estas viviendas estaban divididas en un gran número de habitaciones, capaces de contener todo un ejército de parientes, amigos é invitados.

En ellas había grandes *halls*, largos *vérandahs*, escaleras con macizos pasamanos de caoba y numerosas chimeneas ampliamente abiertas, donde en invierno chisporroteaban los leños.

El mobiliario era bonito, pero tosco; los libros se contaban en escaso número. Los aparadores de los amplios comedores estaban cargados de vajilla de plata.

La aristocracia llevaba espada; vestíase con arreglo á la moda complicada y pintoresca de la aristocracia inglesa, mientras el pueblo bajo iba á sus faenas con blusa ó con mandil de cuero.

Cerca de la iglesia de la Trinidad encontrábase el paseo, frecuentado por el mundo elegante de la pequeña ciudad colonial. Una ley no escrita sólo permitía la entrada á los miembros de la clase gobernante.

A las agradables *soirées* concurría una muchedumbre elegante y bien educada, compuesta de jóvenes y preciosas muchachas, estas últimas acompañadas de sus nodrizas, de raza negra. Era fácil distinguir entre

esta multitud los rojos uniformes de los oficiales de los regimientos ingleses de guarnición fija en New-York, á causa de las guerras cada vez más encarnizadas con Francia. Los que vestían estos uniformes iban y venían con ese aire de desenfado y superioridad que habían adquirido en la capital, especie de condescendencia insolentemente protectora, que mantenía constantemente en guardia la admiración y la celosa indignación de los aristócratas de provincias (1).

Las familias coloniales influyentes alcanzaban el mismo nivel social que los *gentlemen* acomodados del campo de Inglaterra. Estaban frecuentemente unidos por matrimonio con la nobleza inglesa, pero jamás podían olvidar—y sus amigos ingleses nunca se lo permitían—que, después de todo, no eran sino provincianos, que los provincianos no tenían derecho á codearse con los del Antiguo Continente.

La aristocracia neo-yorkina, tanto urbana como rural, era apasionada de las carreras de caballos, en las

(1) Era muy natural que los viajeros europeos incurriesen en error cuando juzgaban la constitución aristocrática de New-York y el sistema gubernamental. Los aristócratas locales les parecían merodeadores y provincianos. Quedaban sorprendidos de verles muchas veces entregarse al comercio ú otras ocupaciones que el código social europeo prohibía á los aristócratas. Reconocían que á un hombre de energía le era mucho más fácil en este país, que en el Antiguo Continente, elevarse desde la más humilde posición al más alto puesto de la escala social, por humilde que fuese su origen. Pero no por esto dejaba de existir una aristocracia. De igual modo, á un noble de Londres el *squire* Western le hacía el efecto de un zopenco, y el *squire* Western, con hipocresía, odiaba cordialmente á los *lords*; y sin embargo, el *squire* Western y sus iguales formaban entre sí una verdadera oligarquía. Y la constitución de la ruda sociedad campesina, en medio de la cual vivían, era tan netamente aristocrática como la de la capital de Inglaterra.

que lucía las más hermosas razas de corceles. Daba sus paseos en *chariots* ó en carruajes sólidos y toscos, sobre cuyos cuarterones velanse sus armas. La nave de los Livingstone, la lanza de los de Laucey, el castillo de fuego de los Monis y los blasones de otras familias importantes eran conocidas en la provincia por todo el mundo.

Cuando viajaba, la aristocracia navegaba en sus propios *sloops* ó bien montaba en sus carruajes, con acompañamiento de criados y postillones con librea. Cuando uno de los ricos propietarios volvía á la ciudad, su llegada producía gran sensación. Pilletes negros y obreros blancos se agrupaban para contemplar con cierto respeto las carrozas, magníficamente construidas y arrastradas por cuatro enormes caballos flamencos; el propietario, colocado en el interior, llevaba peluca empolvada, tricornio y vestía uniforme de terciopelo color escarlata subido, con espada de puño de plata.

En la ciudad misma, las sillas de mano eran de uso corriente.

Había un teatrillo, donde daban representaciones cómicas profesionales y la oficialidad de la guarnición.

Las señoras iban en carruaje ó en silla de mano á todas estas representaciones, á los bailes y demás holgorios, á menos que prefiriesen ir á pie, coquetonamente calzadas. Las personas distinguidas tenían la costumbre de enviar antes á sus criados negros, con la librea particular de su dueño, con objeto de conseguir los mejores puestos.

Se bailaba mucho y había gran animación, sin hablar de las invitaciones á comidas, de las jiras campestres, de las excursiones marítimas y en invierno

de las reuniones para patinar y de carreras en trineos, que eran las diversiones favoritas.

Todas las clases tomaban una parte activa en los concursos de tiro.

Las comidas eran diversiones un tanto monótonas, por sus brindis interminables, dichos en tono enfático, y que acababan muchas veces en una jocosa y familiar alegría, pues casi todos los hombres eran buenos bebedores y muy ufanos de sus bodegas.

El día de Navidad y el primero de año eran grandes fiestas. Esta última se celebraba al estilo de Holanda: los *gentlemen* iban á devolver las visitas á todas las familias conocidas, donde eran jovialmente recibidos y bebían vino.

Otra fiesta holandesa que se observaba universalmente era la de *Pinkster* (Pentecostés), que se celebraba en la primavera.

Poco á poco llegó á ser la fiesta de los negros, y los de la ciudad y del campo próximo se reunían para celebrarla. Había una gran feria, con diversiones y juegos de todos clases sobre el *Common*, sitio ocupado hoy por el parque de *City-Hall*. Los blancos venían también para asistir á las diversiones, y algunas veces había peleas.

La mayor parte de los criados eran esclavos negros.

Las personas acomodadas educaban algunas veces los hijos en sus casas, ó bien los enviaban á los colegios, que más tarde se convirtieron en los de Colombia y Princeton, y que eran entonces inferiores á una escuela inglesa de primeras letras.

Las familias muy ricas y ambiciosas llegaban hasta enviar sus hijos á Oxford ó á Cambridge, donde las facilidades para instruirse eran una ventaja, si bien contrarrestada por la probabilidad de que el joven

volviese mucho menos útilmente preparado para los deberes reales de la vida americana que el hermano, educado en la mayor sencillez de su casa.

La presencia de espíritu, tan propia de la sociedad colonial, aquella diferencia hacia todo lo que provenía de la madre patria, situación, títulos, modas, instrucción, era casi universal, si bien los espíritus animosos é independientes, hubiesen ya comenzado á tomar una actitud de protesta contra ella.

Efectivamente, era cosa corriente recibir del Anti-guo Mundo opiniones enteramente formadas. Por el contrario, era tarea difícil crearlas originales, valiéndose de los toscos materiales existentes en el Nuevo Mundo.

Los neoyorkinos apenas habían encontrado, hasta entonces, ocasiones de esas que engendran pensamientos profundos ó acciones poderosas. La política provincial no ofrecía sino un campo reducido y limitado á las inteligencias vigorosas. El neoyorkino de origen no veía abrirse delante de él otra perspectiva que una campaña brillantemente dirigida contra los canadienses y los indios ó el mando de un navío en un curso afortunado contra los buques mercantes franceses y españoles. Nada había que mereciese el nombre de literatura local; la falta de sucesos lo impedía. En cuanto al arte, apenas si estaba en mejor situación.

Inmediatamente después de las grandes familias señoriales, venían los mercaderes y los pequeños propietarios de tierras de New-York. Uníanse frecuentemente á ellas por matrimonio, y acataban su dirección en los asuntos políticos.

Los negociantes habitaban cómodas casas de ladrillo ó piedra, y poseían grandes depósitos y almacenes de todas clases. Muchos de ellos tenían alrededor de

su casa grandes jardines, pues New-York no era todavía más que una agradable ciudad campestre. Sin embargo, con los años, su desarrollo se acentúa, lentamente desde luego, pero con una rapidez creciente. Comienza á haber cafés, fondas, tabernas, escuelas, casa-asilo y una prisión.

Inmediatamente después de los negociantes y por debajo de ellos, estaba la clase media, pequeños propietarios de tierras, clase á la que se le negaba el derecho de sufragio. En las luchas políticas seguían generalmente la bandera de alguna de las grandes familias, de las que estaban socialmente separados por un abismo.

Después seguía la clase de los obreros libres; por último, é inferior todavía, una clase que con el tiempo acabó de confundirse con la anterior, pero entonces era muy distinta, la de los blancos no libres, los criados importados en virtud de un contrato, los emigrados alistados y los aprendices.

Esta última categoría no se componía únicamente de criminales y pobres, si bien había en ella un gran número.

Había entre ellos gente honrada y pobre, que no podían ganarse la vida en su país y les faltaba dinero para emigrar. Se les vendía, por un acto formal, durante cierto tiempo, á fin de recuperar los gastos de su transporte. Perteneían á varias nacionalidades. Predominaban los ingleses, irlandeses y alemanes; pero también había escoceses, franceses y suizos. Desde la llegada del buque que los conducía, se daba á conocer por un anuncio oficial la profesión, para la que eran más aptos, y en seguida eran vendidos á los postores, y su condición no difería de la de esclavos sino por su duración limitada.

Como á veces eran duramente tratados, se fugaban harto fácilmente. A juzgar por los anuncios de los diarios coloniales, los criados alistados de raza blanca que se escapaban eran casi tan numerosos como los esclavos fugitivos negros.

Cuando terminaban el servicio, algunos de ellos se convertían en honrados y laboriosos ciudadanos, mientras que otros iban á aumentar el número de la clase semi-criminal, que se acumulaba en los arrabales y avenidas de la ciudad.

Mirada en conjunto, esta categoría de emigrantes era completamente nociva, y sumaba á la población un elemento muy peligroso. Se puede asegurar que, relativamente á la totalidad de nuestra población, no hemos tenido durante el siglo presente una clase de inmigrantes tan perniciosa; se puede, asimismo, afirmar, que New-York albergaba en su recinto, en el siglo XVIII, tanto vicio y pobreza relativamente, como la enorme ciudad de hoy, y que el vicio y la pobreza entre los blancos eran, en gran parte, imputables á la importación de emigrantes alistados.

Los esclavos negros formaban una gran parte de la población de la ciudad, algunas veces casi la mitad durante el siglo que siguió á su fundación. Después de la cual, su proporción, con relación á los blancos, comienza á disminuir. En efecto; aunque se les conservase como servidores domésticos, se reconoció que no eran aptos para el trabajo manual ó agrícola, como en las colonias del Sur.

Durante la primera mitad del siglo XVIII, eran todavía muy numerosos. La mayor parte eran oriundos de Africa y salían directamente de las sentinas de negros de Guinea. Eran salvajes brutos é ignorantes,

y los blancos temían constantemente una insurrección servil.

En 1712, este temor fué justificado, á menos en parte; por este año los esclavos formaron el complot, tan temerario como insensato, de asesinar á todos los blancos, y una cuarentena de ellos trataron de ponerlo en ejecución. Armándose con todo lo que encontraron á mano, se reunieron arderamente en un huerto de los arrabales, prendieron fuego á un cobertizo y atacaron á los que acudieron á extinguir el incendio. De este modo mataron nueve hombres é hirieron á otros varios, antes que cundiese la alarma y los soldados venidos del fuerte los pusieran en fuga. Refugiáronse en los bosques de la parte septentrional de la isla; pero la milicia, en su furiosa cólera, puso centinelas en puntos convenientes, cazando á todos los negros revoltosos como á bestias salvajes. Seis de ellos, desesperados ya, se suicidaron, y veinticinco de los que prendieron, fueron fusilados, colgados ó quemados vivos en postes de madera.

Esta tentativa de rebelión acreció considerablemente la inquietud de los habitantes blancos, aumentada en gran parte por accesos de temor, rabia y sospecha, y descubrieron otro complot, tramado por los negros en 1741.

En medio de este pánico, los ciudadanos, locos de terror, cometieron actos que manchan los anales de New-York, comparables tan sólo con las persecuciones de Oldsalem, de triste memoria. La única diferencia fué que, por parte de New-York, existían verdaderamente, para las persecuciones, algunos motivos de indignación.

Sin embargo, es imposible decir hasta qué punto eran aquéllas justificadas.

Sin duda alguna, muchos de los esclavos, y, sobre todo, los originariamente africanos, conspiraban quizá el asesinato de sus señores; y aquellos cuyo carácter era más feroz, cometían á menudo toda clase de violencias; pero no hay razón para suponer que la mayoría de los negros se mezclara en la conspiración. No obstante, los poseedores de esclavos vivían continuamente con la espada de Damocles suspendida sobre sus cabezas.

Durante el mes de Marzo de 1741, estallaron en New-York tantos incendios y se sucedieron tan rápidamente, que parecía indudablemente debidos á la perversidad. La conducta de ciertos esclavos excitó al momento la sospecha de los ciudadanos.

En esta misma época, la criada que servía en una mísera taberna fué detenida, así como el dueño, dueña y dos negros, por su complicidad en un robo. Se leyeron proclamas prometiendo una recompensa á quien proporcionase datos sobre el complot de que se trataba. Declaró al momento que conocía detalles, afirmando que su amo, ama, algunos esclavos de la clase pobre y semicriminal y muchos negros estaban comprometidos en el mismo.

Algunas veces, los esclavos ignorantes se apresuraban, por terror y deseo de salvar su vida, á confirmar y exagerar en sus declaraciones.

Toda New-York fué presa de gran pánico. Se encarcelaba y se daba muerte á muchos millares de gente bajo el peso de estas acusaciones sin probar. Catorce negros fueron quemados vivos en un poste de madera, otros veinte colgados, setenta y uno desterrados, y de los veinte blancos que habían encerrado en prisión, fueron ejecutados cuatro.

Entre estos últimos se encontraba un sacerdote ca-

tólico llamado Ury, que fué condenado también, no sólo como cómplice en la conspiración de negros para quemar la ciudad, sino por haber cometido la horrosa crueldad de acabar con las ceremonias de su culto; y por este doble motivo, y no pudiéndose encontrar la eximente ni en la sombra de un testimonio, el desgraciado, á pesar de las protestas de inocencia que no cesaba de hacer, fué ahorcado con sus tres compañeros.

Este último cuadro de cruel fanatismo completa de la manera más apropiada este sombrío cuadro.

Por último, el pánico, saciado de víctimas, se cansó y extinguió, dejando en nuestros anales una página negra.

Aparte de este trágico episodio, las luchas políticas de la colonia de New-York en el siglo XVIII eran de poca importancia.

Se produjo, no obstante un incidente que merece consignarse, porque interesaba á la libertad de la prensa. El primer diario publicado en la ciudad fué una pequeña hoja semanal fundada en 1725, con el título de la *Gaceta de New York*. Era el órgano del gobernador y del partido aristocrático ó partido de la corte.

Nueve años después apareció un rival suyo con el nombre de *Weekly Journal*, editado por un alemán emigrado llamado Zeuger, y desde su aparición se captó el apoyo del partido popular.

El gobernador real de esta época era una especie de imbécil llamado Cosby, que debía su promoción á la teoría entonces en boga, según la cual, un empleo de gobernador colonial era una pensión dada á todo favorito de la corte á quien no se podía gratificar de otro modo, sin atender á los resultados que estas cosas podían traer á la colonia.

Cosby tenía, en realidad, el genio de la persecución mezquina, lo que le atraía el odio de todo el pueblo. Zeuger publicó, sucesivamente, sátiras, canciones y ataques contra todos los funcionarios de la corona y la clase gobernante, y, por último, se dirigió á Cosby en persona. Fué detenido y reducido á prisión acusado de difamación, y el proceso, que duró una gran parte del verano de 1735, despertó vivamente la atención.

El *chief-justice* era, en esta época, un miembro de la familia Morris, perteneciente al partido popular. Como se sospechaba que se inclinaria á favor de Zeuger, fué sustituido y reemplazado por uno de los Lancey, que eran los más vigorosos sostenes de la corona. Lancey llegó hasta negar la palabra á los defensores de Zeuger, que se vió en la necesidad de hacer venir á uno de Filadelfia. Pero la masa del pueblo tomó interés por Zeuger, y le apoyó con valentía, mientras los funcionarios echaron hasta su última onza en la balanza para hacerla inclinarse del lado de Zeuger.

El argumento de la defensa era que los hechos presentados como difamatorios no eran ciertos.

El *attorney general* de la corona siguió el criterio de que si los hechos eran ciertos, no dejaban de ser difamatorios.

Los jueces declararon en el juicio que tal era el espíritu de la ley, pues los jurados se negaron á seguir ésta y absolvieron á Zeuger.

La absolución, que establecía definitivamente la libertad absoluta de la prensa, fué acogida con calurosas aclamaciones por todo el pueblo. Contribuyó en gran manera al desarrollo del espíritu de independencia.

A partir de esta época, los dos partidos quedaron definidos con mayor precisión que lo estaban antes. El partido de la corte, la facción de los funcionarios de la corona y la junta de la aristocracia local componían la mayor parte de los episcopados, y un gran número de holandeses y hugonotes, mientras que el resto de la población, y con ella los presbiterianos, formaban el partido popular.

Los primeros se daban frecuentemente el nombre de *torys* (1), y los últimos el de *whigs* (2), á semejanza de los dos partidos ingleses.

Cada facción estaba dirigida por un cierto número de grandes familias de propietarios territoriales, pues lo mismo que en las filas del partido popular, los votantes profesaban un gran respeto á los ricos y poderosos señores palaciegos.

Todas estas grandes familias estaban ligadas unas á otras por el lazo del matrimonio, pero estaban todas ellas divididas por disidencias ó por rivalidades políticas.

Los Lancey estaban á la cabeza del partido de la corte. Los Livingstone dirigían el partido popular; pero la lucha tomó un carácter personal tal, que las dos familias se vieron obligadas á ligar su nombre á las facciones con las cuales estaban respectivamente identificadas por su influencia directora.

(1) Reaccionarios ó conservadores.

(2) Liberales.